

samiento español es lógico hasta en sus aberraciones.

Pero no cante victoria el señor de la Revilla, que aún hay, á falta de una, otras *tres* creaciones filosóficas españolas, con influencia en el mundo, con escuela y tradición dentro y fuera de casa, con todos los caracteres, en fin, que su merced exige (sin necesidad algunos) para que haya filosofía que en rigor pueda llamarse nacional. Y estas escuelas son el *lulismo*, el *vivismo* y el *suarismo*, de los cuales voy á decir cuatro palabras, suficientes para mostrar el encadenamiento de su tradición científica, remitiendo á quien desee más noticias á los libros (muy pocos por desgracia) que tratan algo de esto, y, mejor aún, á las obras de los mismos filósofos, que ahí están muriéndose de risa en los estantes de las bibliotecas, y que cualquiera puede leer, si sabe latín y tiene curiosidad de aprender lo que en su alta sabiduría desdeñan los señores del Ateneo y de la *Revista Contemporánea*.

Y comenzando por el buen Ramón Lull, á quien el pueblo católico venera en los altares como mártir de la fe, y á quien, cual á heroico obrero de la ciencia, debieran venerar los *sabios* incrédulos ó creyentes, y como gloria inmortal del nombre patrio, los españoles todos; nadie, sin presunción y ligereza notorias, osará llamar *estimable ingenio de segundo orden* al gran filósofo del siglo XIII, inteligencia de las más colosales, profundas y sintéticas de todos tiempos, padre y constructor de un sistema armónico tan

sencillo como ingenioso, que no me detendré á exponer aquí porque ya lo ha hecho brillantemente el señor Canalejas; sistema que, á la manera del de Hegel, engarza con hilo *realista* el mundo de la Metafísica y el de la Lógica, los principios del ser y del conocer, tendiendo á reducir las discordancias y resolver las antinomias, para que, *reducida á unidad la muchedumbre de las diferencias* (como dijo el más elegante de los *lulianos*), *venza y triunfe y ponga su silla en todo*, no como unidad panteística, sino como última razón de cuanto existe, aquella *generación infinita*, aquella *Expiración* cumplida, en quien la esencia y la existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza. ¿No llena todas las condiciones de unidad científica la concepción luliana, desde el árbol *elemental* hasta el *divino*, mediante el cual se halla luego la solución del *árbol de las cuestiones*? ¿Qué hay más ingenioso que el artificio de la lógica luliana y el juego de los universales y de los predicados? Después del *Organon* aristotélico no se había excogitado cosa semejante. El gran pensamiento de *la unidad de la ciencia* rige y gobierna todos los trabajos de Raimundo Lulio. Él aplicó su método á la ética, á la cosmogonía, á la teodicea, considerándolas á todas como ramas del mismo tronco. No fué expositor de ninguna filosofía extraña, sino fundador de una escuela, de existencia reconocida en todos los países de Europa, que en Mallorca tuvo hasta nuestro siglo cátedras oficiales, y que cuenta entre sus

sectarios españoles á Raimundo Sabunde ¹, Fray Anselmo de Turmeda, Pedro Dagui, Juan Lobet, Nicolás de Pax,, Lavinheta, Alonso de Proaza, Arias Montano ², Juan de Herrera, Fr. Luis de León, Pedro de Guevara, Suárez de Figueroa, D. Alonso de Zepeda, Sánchez de Lizarázu; escuela que revive en el siglo pasado, no sin gloria, representándola en polémica con el P. Feijóo, los PP. Fornés, Pascual, Tronchón y Torreblanca, y que aún vive en el presente, coronando la serie de ilustres lulianos el Sr. Canalejas, si hemos de atenernos á estas palabras, que conviene mediten el señor de la Revilla y sus compañeros de la *Revista Contemporánea*, porque nada tiene de *neo* ni de *inquisitorial* el escritor que las dice: «Si para la educación filosófica de nuestro pueblo es ó no camino más llano y fácil el de exponer á Lulio interpretándole latísimamente en el sentido moderno, que el *importar enseñanzas extranjeras muy propias de sajones ó germanos, pero antipáticas al genio de nuestra raza y á la índole de nuestra inspiración y de nuestra historia*, es tesis

¹ Luliano acérrimo (aunque lo niegue su moderno biógrafo el abate Reulet); como que, á la manera del solitario mallorquín, se propone demostrar por razones naturales los dogmas de la fe. Sobre su patria española véase una nota en el tomo siguiente.

² En su *Historia generis humanis* sigue á Lulio en lo de explicar racionalmente el proceso de las personas de la Santísima Trinidad. Por cierto que este *racionalismo* pugna con otras frases de sabor crudamente tradicionalista que hay en el mismo tratado, y que colocan á nuestro grande escriturario entre los predecesores de Bonald.

que hoy no resuelvo, pero que confieso me solicita con energía.... En lo político, como en lo científico, las nacionalidades constituyen un organismo necesario para que la verdad se produzca en el transcurso de una edad, bajo todas sus fases y en todas sus maneras. *¿No se atenta á esta ley histórica cediendo al deseo de copiar y reproducir lo extraño sin consultar lo propio? ¿No es preferible renovar y rejuvenecer que comentar, cuando el fin se alcanza mejor de aquella manera?»* Y si el señor de la Revilla juzga condición indispensable para la existencia de escuela el que lleve su influencia más allá de los límites de la patria, en este caso se halla el *lulismo*, doctrina bien conocida en el mundo científico, como lo demuestran los nombres del abad Tritemio, Cornelio Agripa, Valerio de Valeriis, el P. Kircher, Giordano Bruno (que llamaba á Lulio *hombre divino*), Alstedio, Ibo Zalzinger, y otros *lulianos* extranjeros, grandes admiradores del *Ars Magna* y del *Arbor scientiae*, y secuaces en todo ó en parte de las doctrinas del filósofo de Mallorca. Ya tenemos una *creación filosófica nacional* que llena las condiciones requeridas por el señor de la Revilla. La grande edición de las obras de Lulio se hizo, no en Palma, sino en Maguncia, por diligencia de Zalzinger, y es seguro que Italia y Alemania han dado al *lulismo* tantos y tan fogosos secuaces como España ¹.

¹ No es esto decir que sea pequeño entre nosotros el número de escritores lulianos. De 65 mallorquines da noticia Bover en su curiosa *Biblioteca*.

El segundo *sistema peninsular* influyente, conspicuo y famoso en el mundo, es el *suarismo*, respecto al cual anda muy fuera de tino el señor de la Revilla, cuando dice que Suárez fué un *aventajado discípulo del escolasticismo*, como si dijéramos *un buen chico, un joven aplicado y estudioso*, dando á entender con ese tono despreciativo, en él familiar, que nada aportó á la ciencia; que no tuvo originalidad alguna, ni fundó escuela, ni ejerció influencia, y que fué, en suma, *un buen expositor de una filosofía extraña*. ¡Parece imposible que tales cosas se digan en serio y por gentes que presumen de autoridad crítica! Suárez no es *discípulo*, sino *maestro*, y *maestro* que cuenta á centenares los secuaces. En sus múltiples obras desarrolla un sistema completo, que abraza la Ontología, la Cosmología, la Psicología, la Teodicea, la Ética y la Filosofía del Derecho; sistema que se aleja bastante del *tomismo*, y está con él en la misma relación que las escuelas alemanas modernas con el *kantismo*, padre de todas ellas. Hasta en la Teodicea se aparta notablemente del *tomismo rígido*. Sus doctrinas *de la ciencia media* y el *congruismo*, en que mitigó las atrevidas pero peligrosas opiniones de Molina y Lessio, son esfuerzos sublimes para conciliar en lo posible á los ojos de la razón humana la predestinación, la gracia y el libre albedrío. La misma originalidad de pensamiento muestra en el análisis de la idea del ente, en la *no distinción entre la esencia y la existencia*¹, en el

¹ Defendida antes por Gabriel Vázquez.

conocimiento intelectual de los singulares, y en cuestiones de menor importancia; y bien puede afirmarse que Suárez cifra y compendia la filosofía jesuitica, viva y poderosa hoy todavía, y tan *suarista* como en el siglo xvi. Un mero expositor de filosofías extrañas no funda escuela, ni tiene discípulos, ni ejerce influencia más allá de su patria, como lo hizo Suárez, seguido de cerca por los Conimbricenses, Pererio, Henaó, Oviedo, Téllez, Bernaldo de Quirós, Rodrigo de Arriaga, Peinado, Losada, Pons, y otros mil jesuitas españoles y extranjeros, hasta llegar á los contemporáneos Perrone, Cuevas, Tongiorgi, Curci¹, Taparelli, Kleutgen, Jungmann, Mendive, por no citar más, que mantienen hoy el *suarismo* no menos fuerte y lozano que en sus mejores días. Tampoco sé á punto fijo con qué razón llama el señor de la Revilla extranjera á la filosofía escolástica (aun la *tomista* y *escolista*); pues, aparte de la tradición isidoriana, de la levadura averroista y de las *Súmulas* de Pedro Hispano, puede decirse que esa filosofía es nuestra por derecho de conquista, vistos el número y la importancia de los escolásticos peninsulares, y por eso Leibnitz, que entendía de crítica filosófica más que el señor de la Revilla y que todos nosotros, llamó *filosofía irlandesa y española* al escolasticismo².

¹ En su primera época, se entiende.

(Nota de esta edición.)

² Claro que las diferencias entre dos sistemas católicos y escolásticos, como el de Santo Tomás y el de Suárez, nunca

La tercera *creación filosófica* española es el *visismo*, ó sea *la filosofía crítica*, escuela menos conocida que las anteriores, porque tuvo la desgracia de fraccionarse (como que no era gloria especial de una provincia ni de una Orden religiosa) y no recibir el nombre de su fundador, sino los de discípulos suyos, más ó menos fieles. El señor de la Revilla dice que esta escuela es un *mito*, y voy á demostrarle lo contrario. Imagina nuestro articulista que Vives, Fox Morcillo, etc., no son más que *colaboradores del movimiento antiescolástico representado en el Renacimiento por otros muchos filósofos italianos y franceses*, en lo cual yerra de todo punto, pues entre el que edifica y el que destruye hay siempre diferencia grande. De los filósofos á que alude el señor de la Revilla, unos, como Pedro Ramus, se limitaron á afirmar *ex cathedra* que cuanto Aristóteles había enseñado era error y mentira, y sustituyeron palabras á palabras, sin utilidad

pueden ser tan radicales como las que median entre una escuela católica y otra racionalista. Por eso los modernos racionalistas, que no paran mientes en esas importantísimas cuestiones de la *esencia* y la *existencia*, de la *ciencia media*, de la *predeterminación física*, etc., confunden á todos los filósofos cristianos en la misma reprobación y anatema, y no ven que ellos mismos dan un nombre distinto á cada una de las variedades del panteísmo alemán, y que distinguen el *pesimismo* de Hartmann del de Schopenhauer, y el *materialismo* del *positivismo*, y éste del *monismo*, y no confunden en modo alguno la escuela positivista francesa con la inglesa, etc., siendo así que muchas de estas enseñanzas y tendencias difieren entre sí no más que por levisimos accidentes, á veces más de exposición que de fondo. *Curtam varie?*

alguna para la ciencia; otros renovaron el platonismo, ó, más bien, la filosofía alejandrina; algunos, como Pomponazzi y Vanini, resucitaron los errores materialistas de ciertas escuelas paganas; otros cayeron en los sueños teosóficos y cabalísticos, entonces de moda, y pararon en el panteísmo: ninguno fundó escuela, ni trajo doctrinas nuevas al campo del saber, ni aun llegó á constituir sistema; todos trabajaron en la demolición del edificio escolástico, pero sin levantar nada propio ni duradero. ¡Cuán diversa fué la obra de Vives! No atacó éste el aristotelismo por sistema; no se adhirió sistemáticamente á Platón; juzgó el mayor daño para los progresos de la ciencia *auctoritate sola aquietare et fide semper aliena accipere omnia*; enfrente del principio de autoridad colocó el de razón: *Tantum mihi habeatur fidei, quantum ratio mea vicerit... Patet omnibus veritas, nondum est occupata*; asentó la necesidad de reforma y de progreso en la ciencia, porque *nulla ars simul est et inventa et absoluta*, y con este criterio examinó las causas de la corrupción de todas las disciplinas, buscándolas, ante todo, en los vicios propios del entendimiento humano (*idola tribus* de su discípulo Bacon), en la obscuridad voluntaria, en el espíritu de sistema, en la adhesión á la palabra del maestro, en la veneración supersticiosa á la antigüedad, en el abuso de la disputa; censuró con juicio tan elevado y sólido los extravíos del Renacimiento como las sofisterías de la escolástica, los primeros en el libro *De corrupta gram-*

mática, las segundas en el *De corrupta dialectica*; dijo antes, y lo mismo que Bacon, que la filosofía natural sólo podía adelantar *experimentis et usu rerum*; señaló reglas para corregir el engaño de los sentidos; tronó contra el afán de generalizar sin que precedieran *experimenta et observationes variarum rerum in natura*, exclamando con profunda verdad: *Ignorant quae jacent ante pedes, scrutantur quae nusquam sunt*; y después de haber visto y considerado con erudición y sagacidad maravillosas cada parte del saber tal como entonces se cultivaba, procedió á trazar un método de renovación de las ciencias, harto más completo, juicioso, armónico y ordenado que el de Verulamio, reputando *proprium tanti instrumenti opus intueri omnia, colligere, componere inter se, et universam hanc naturam quasi possessionem suam peragraré*.

Para enderezar á tan alto fin el entendimiento, comenzó por definir la *inducción* y la *experiencia*, y señalar sus fueros, no extremándolos como el canciller inglés, pero dándola reglas con igual ó mayor acierto: « *ex singularibus aliquot experimentis colligit mens universalitatem quae compluribus deinceps experimentis adjuta et confirmata, pro certa explorataque habetur.... Ceterum experientiae temerariae sunt ac incertae, nisi a ratione regantur, quae adhibenda est illis tanquam clavus aut gubernator in navi: alioqui ferentur temere, et forlúta erit ars omnis, non certa.... Quod est in iis cernere, qui solis experimentis ducuntur de quorum ingenio iudicium non censet, rem, locum, tempus et reliquas cir-*

*cumstantias inter se conferens, fieri enim convenit ut experientia artem pariat, ars experientiam regat*¹ », consideraciones que explana después y en varios lugares largamente. La importancia de Vives como metodólogo no ha de ocultársele á nadie que haya leído los libros *De tradendis disciplinis*. Mas no se limitó á esto la actividad científica del sabio valenciano. En los libros *De prima philosophia* desarrolló con sentido ecléctico su sistema metafísico, inclinándose alguna vez á Platón, y con más frecuencia á Aristóteles; en los *De anima et vita* dió maravillosos ejemplos de análisis psicológico; en los tratados lógicos simplificó considerablemente, é intentó reducir á la pureza del *Organon*, la dialéctica; en los libros *De veritate fidei christianae* aplicó á la teología su sistema filosófico con lucidez de entendimiento y delicadeza de análisis asombrosas; sentó los fundamentos de la *filosofía de la legislación* con el nombre de *ars justitiae*; en el discurso *In pseudo-dialecticos* clamó como ninguno contra la barbarie de la escuela, y, por último, convirtió sus principios á la crítica filosófica en la censura de las obras de Aristóteles, en el librito *De initis, sectis et laudibus philosophiae* y en otros opúsculos, por los cuales le da Brucker la primacía entre los restauradores de la historia de la filosofía al modo de los antiguos.

Tenemos, pues, un sistema completo sustituido al antiguo, con su Metafísica, Lógica,

¹ Tomo las citas de Vives de la edición príncipe de Basilea, 1555, apud Episcopium.

Psicología y Teodicea, en parte muy fundamental nuevas, clara y metódicamente enlazadas. Voy á mostrar ahora el desarrollo de la doctrina *vivista* en el siglo XVI y siguientes, para que el señor de la Revilla se convenza de su importancia histórica, y acabe de entender que de Vives parte un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes.

Ante todo, conviene advertir que la mayor parte de los filósofos italianos y franceses á que el señor de la Revilla se refiere, son *posteriores* á Vives, cuyas enseñanzas recibieron, aunque sin aprovecharlas bastante, porque les faltaba el *juicio*, cualidad capital del pensador valentino, y la tendencia conciliadora y amplio espíritu que asimismo le distinguen.

Telesio es el que más se acerca á Vives en estas condiciones; pero no acertó á desarrollar sino bajo un parcial aspecto (naturalista ó experimental) el *criticismo vivista*. Mucho más adelantaron en el proceso de esta fecunda doctrina los filósofos españoles, aunque no se haya mostrado justa con ellos la fama. Dejando aparte á los que, como Gélida, Vergara, etc., en nada substancial alteraron la doctrina del amigo ó del maestro, vemos surgir de la *filosofía crítica* cuatro direcciones principales:

1.^a *El peripatetismo clásico*, muy conforme con la tendencia de Vives, que admiraba y seguía en mucha parte á Aristóteles *puro* y sin mezcla averroísta ni escolástica. Representan esta dirección, á más de otros no tan notables,

Sepúlveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea y Pedro Juan Núñez (caudillo de la que pudiéramos llamar *escuela valenciana*¹), después de su conversión del *ramismo*.

2.^a *El ramismo español*, tendencia de oposición dura y sistemática á Aristóteles, mitigada por un elemento *vivista* sobremanera poderoso. Son corifeos de esta secta el salmantino Herrera, el valenciano Núñez en sus primeras obras, otro Núñez (Pedro... Vela), protestante abulense, que publicó en Ginebra una *Dialéctica*, y fué grande amigo de Pedro Ramus, y con más tenacidad que ninguno el Brocense, cuya filiación *vivista* puede apreciarse en aquellas palabras del prólogo de su *Minerva*: «*Multa veteres philosophos latuerunt quae Plato eruit in lucem, multa post eum invenit Aristoteles, multa ignoravit ille quae nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate, etc., etc.*»²; que es en substancia el principio capital del *racionalismo progresivo* de Vives, expuesto en el prefacio *De causis corruptarum artium*.

3.^a *El onto-psicologismo* de Fox Morcillo, cuya conciliación *platónico-aristotélica* no es más que un desarrollo admirable de la metafísica *vivista*, si bien inclinándose más á la doctrina del gran discípulo de Sócrates, señaladamente en la cuestión de las *ideas innatas*, que entiende á la manera de San Agustín. Por su libro *De studii philosophici ratione*, modificación de la metodología

¹ A esta escuela pertenecen Monzó, Monllor, Serverá, etc.

² Edición lugdunense de 1789, *apud Pestre et Delamollière*.

de Vives, se da la mano Fox con el grupo siguiente.

4.^a El *cartesianismo ante-cartesiano*, sostenido en filosofía natural por Dolese, G. Pereira, F. Vallés, Torrejón y Barreda, y en psicología por Vallés y Pereira, aunque discordes en muchas cuestiones. Si Descartes dice en el *Discurso del método*: «*Le premier precepte est de ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connusse évidemment être telle*», ya el divino Vallés había dicho en el capítulo 64.^o de la *Philosophía sacra*: «*Necesse est ut in rationum investigatione... etiam de his quae sibi videntur probabilissima, nisi se ipsos velint (homines) fallere, dubitent*».

Como exageración de la tendencia *racionalista* del *vivismo* y fenómeno aislado, aparece el libro del portugués Sánchez *De multum nobili, prima et universali scientia, quod nihil scitur*. También pudiera sostenerse que el *empirismo sensualista* de Huarte y Doña Oliva tiene ciertas relaciones con la filosofía en cuestión, como dependiente que es de Gómez Pereira y de la *Antoniana Margarita*. Pero júzguese de esto lo que se quiera, que al cabo no es de esencia, siempre podrá afirmarse que los *pensadores independientes* (en el buen sentido de la palabra), los *ciudadanos libres de la república de las letras*, que en España florecen durante el siglo xvi, proceden, en su inmensa mayoría, del *vivismo*.

Llevó esta escuela su influencia *más allá de los límites estrechos de la patria*, y de ella nacieron:

1.^o La filosofía de Bacon, que, tomando por

punto de partida los libros *De disciplinis*, proclamó las excelencias del método experimental (como ya lo había hecho Vallés en las *Controversiae medicae et philosophicae*), desarrolló la teoría de la *inducción*, sabida de Aristóteles y no ignorada, ni mucho menos, de Vives y sus discípulos; analizó, de igual manera que el valenciano, las causas de los errores, é insistiendo en un punto menos atendido, aunque no olvidado por Vives, trajo la *magna instauratio* á las ciencias naturales.

2.^o El *cartesianismo*, desarrollo parcial y exclusivo, lo mismo que el anterior, de otra fase de la doctrina de Vives y sus discípulos. Dice Julio Simón que el *principio de la filosofía para Descartes fué la duda: este fué todo su método; el porvenir de la filosofía estaba en este principio*. Ahora bien: esa famosa duda había sido proclamada como principio de método por Vives, Fox Morcillo, Sánchez el escéptico, Gómez Pereira, Vallés y otros infinitos. En cuanto al famoso entimema, está en San Agustín, en Ochino, en Gómez Pereira y en cien partes más. El resto de sus principios, propiamente filosóficos, apenas encierra novedad, como es sabido. Leibnitz lo demostró, y yo no necesito repetirlo. Lo que en su física y en su psicología tomó de Gómez Pereira y de Vallés, nadie lo ignora. Ya su contemporáneo el célebre Daniel Huet, obispo de Avranches, lo puso de manifiesto en su *Censura de la filosofía cartesiana*.

3.^o La filosofía del P. Buffier y la modesta,

prudente y sabia, aunque incompleta, escuela escocesa, que en punto al análisis psicológico tiene sus precedentes en el tratado *De anima et vita*¹, y en cuanto al criterio de verdad, al *sense common*, en este pasaje del libro I *De prima philosophia*, y en otros que pudieran citarse y á los cuales corresponde bien la tendencia general de las obras filosóficas de Vives: «*Quod naturale est, non potest esse ex falso* (llama *naturale* al testimonio de conciencia)... *nec potest certius esse veri argumentum, quam omnes naturaliter sic sentire.... Nam si magni alicujus et sapientissimi viri auctoritas jure habet momenti plurimum, quanto habebit majus auctoritas generis humani?*» Que es, en substancia, lo que dice Reid: «*El asentimiento en virtud del cual todos los hombres se afirman á sí mismos proposiciones verdaderas y universales, es un juicio natural* (expresión idéntica á la de Vives, que le distingue del juicio artificial ó segundo), *instintivo, que debe afirmarse, pero que no se razona*». ¿Y me preguntará ahora el señor de la Revilla si el nombre de Vives debe colocarse al lado de los de Descartes, Kant y Hegel? Sí, por cierto; y si no suena tan alto como debiera, es por una grande injusticia histórica, incomprensible para el señor de la Revilla y otros fanáticos adora-

¹ En él recomienda la *observación interna* con preferencia al razonamiento y á la disputa: «*Pro meditatione atque exercitamento est *tacita cognitio*.... *qua altius in rei notitiam penetramus, quam disputationibus vel altercationibus....*» «*Consideratio.... mentem quasi in se ipsam reflectit ut recognoscat quid contineat, quale, quantumque sit.*»*

dores del éxito. Así como el hemisferio de Colón lleva aún hoy el nombre de Américo Vespucio, así se han bautizado con los pomposos nombres de *baconismo*, *cartesianismo* y *escuela escocesa* diversos girones del manto de Vives, para quien espero que llegue pronto el día de la solemne reparación, hoy retardada sólo por el clamoreo de los sofistas.

Esperanza tengo de que retoñe esa escuela, nunca enteramente muerta en España, escuela de Melchor Cano, de Pedro de Valencia, de Isaac Cardoso, de Caramuel, de Feijóo, de Piquer; escuela cuya restauración dos veces se ha intentado en el siglo XVIII y en el presente, frustrándose por hado enemigo entrambas tentativas, la del animoso Forner, portento de doctrina, y la del sabio metafísico Llorens, secuaz de la escuela escocesa, la cual procuró enlazar con la tradición de Vives, en cuya empresa le sorprendió la muerte.

Ya está servido el señor de la Revilla á medida de su deseo; ahí tiene, aunque sólo rápidamente bosquejadas, las escuelas y las influencias que tanto deseaba conocer. Aunque de las seis me rechace tres, tiene que reconocer la existencia y *nacionalidad* de las restantes. Ya ha visto que hay *lulistas*, *suaristas* y *vivistas* dentro y fuera de España: *pereiristas* no, pues Gómez Pereira no fué caudillo de secta, porque no tenía condiciones para tanto, á pesar de su claro entendimiento, perspicuidad y audacia.

Y ¿qué diré del resto del artículo del señor de

la Revilla, en el cual no hay una idea de provecho ni una noticia erudita, mostrándose el autor cada vez más desaluminado y fuera de tino, como quien anda por sendas que no conoce, y á cada paso tropieza? ¿No es ridículo comparar la obra científica de Vives, Gómez Pereira y demás filósofos peninsulares, con la misión de San Juan Bautista, que no predicaba una doctrina, precursora ni madre de otra doctrina, sino que anunciaba la venida del Salvador, diciendo: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos, y bautizaba en el agua para la penitencia, esperando que viniese el que había de bautizar en el Espíritu Santo y en el fuego?* ¿Y me pregunta el señor de la Revilla qué me parecería del que intentase propagar y defender el *juanismo*? Pues ¿qué había de parecerme tal empresa? Un desatino, y más desatinado me parece el similar y más traído por los cabellos el *argumento* (!) del señor de la Revilla, que sin duda cuenta mucho con la tolerancia de su público especial, cuando tales cosas escribe como si fuesen razones *sólidas y macizas* (estas palabras mías se le han indigestado, y no es extraño).

En cuanto á los místicos, el señor de la Revilla se vale de otra evasiva sofística, distinguiendo entre lo que él llama *misticismo* y la *filosofía mística*, que es lo mismo que si distinguésemos entre el *kantismo* y la *filosofía kantiana*. El señor de la Revilla es muy dueño de hacer los *distingos* que guste y de interpretar las palabras como le plazca; pero el *misticismo* ó la *filo-*

sosofía mística es indudable que ha florecido en España como en ningún otro país del mundo, y todo el que no sea *positivista* y haya leído *Las Moradas, Los Nombres de Cristo* y la *Subida al Carmelo*, reconocerá que no hay filosofía más alta y sublime que aquella, y tendrá á Santa Teresa por filósofa tan grande y mayor que Hipatia (de quien, después de todo, sólo ha quedado la fama), y á Fr. Luis de León y á San Juan de la Cruz por filósofos profundos y excelentísimos, tanto, por lo menos, como Schelling, Hegel y sus satélites, con cuyos nombres, sin cesar repetidos, quieren aturdirnos los críticos *germanescos*. Ya supongo la idea que tendrá el señor de la Revilla de la *filosofía*, y mal puede admitir en ella el *misticismo*, la *filosofía divina*, siendo secuaz de Comte y de Littré. Mas en cuanto á suponer que nadie considera como *filósofos* á los *místicos* citados, perdóneme que dude de su honrada palabra. Sin recurrir á *neos* y *obscurantistas*, ahí están Rousselot en su libro de *Les Mystiques Espagnols*, el Sr. Valera en cien artículos y discursos, el Sr. Canalejas en su juicio del libro francés antes citado, el Sr. Martín Mateos en una serie de artículos publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*, y el malogrado estético Núñez Arenas en un discurso inaugural de la propia escuela, todos los cuales convienen en estimar como filosofía el misticismo y como filósofos á los místicos españoles.

El señor de la Revilla insiste en juzgar por el éxito las doctrinas filosóficas, y dice que, si

Platón no hubiese fundado escuela, sería un gran filósofo; pero no un objeto importante en la historia de la filosofía. Pues si la historia de la filosofía no habla de los grandes filósofos y de sus doctrinas, ¿de qué ha de hablar? ¿Esperará á que venga el *servum pecus* para decidir del mérito de los sistemas? Pero, bien mirado todo, no es el éxito, sino la *fama del éxito*, lo que no lograron los filósofos españoles. Más se han olvidado sus nombres que sus doctrinas. Lo dicho de Vives en particular, puede aplicarse á todos ellos considerados colectivamente. Las limitadas noticias que tenemos de su influencia en el movimiento intelectual de la edad moderna nos bastan para creer fundadamente que aquella fué poderosa y fecunda. La Ontología, la Teodicea, la Cosmología, la Antropología, la Ética, el Derecho natural, la Estética, todas las esferas de la filosofía les deben copiosas luces; sólo falta que *reconozcan la deuda*, mucho mayor, sin duda, de lo que por los datos hasta ahora conocidos aparece. *Tulit alter honores....*

Aquí tiene V., amigo D. Gumersindo, la *contestación* del señor de la Revilla, *contestada*, sin añadir, ni quitar, ni desfigurar ninguno de sus argumentos, al revés de lo que él ha hecho con los míos. Escrita su réplica en momentos todavía de irritación y cólera, es, bajo todos aspectos, indigna de su reputación y notorio talento; nada prueba, nada resuelve; puede pasar únicamente como evasiva. Un solo argumento fastidiosamente desleído; algunas declamaciones

de *club patriótico*; mucho contar al público lo que yo digo, suprimiendo (cosa es clara) *las amenidades contra su persona* y con ellas otras cosas que no son para el ingenioso crítico *amenidades*, sino *espinas*; un *rebajar poniendo por bajo*, cuando lo raro y peregrino sería *rebajar poniendo por cima*; no poco de aquellas sabidas frases: *baste con lo dicho.... mucho pudiéramos decir.... pero ya dijimos.... pero no lo diremos.... porque el Sr. Menéndez es neo*: he aquí el artículo del señor de la Revilla.

Al final anuncia que no *discutirá conmigo* mientras no vea que empleo más comedidas formas. En cambio, yo que de *formas* me cuido poco, que no soy catedrático de Literatura como el señor de la Revilla, y que no tengo reputación literaria buena ni mala que aventurar en este lance, discutiré con él en cualquiera forma, aunque use él la peor de todas, la *progresista*, aunque toque el himno de Riego, y me llame neo y troglodita.... y cuanto se le antoje, que por eso no he de ofenderme; pero á condición de que dé muestras de haber estudiado la materia y conocer de la filosofía española algo más que vagas generalidades.

De V. apasionado amigo y paisano.

SANTANDER 22 de Setiembre de 1876.